

LA HABANA

VISTA POR UN TURISTA CUBANO

II

Primer contacto.—

LA HABANA se dibuja, crece, se define, sobre el cielo luminoso del atardecer. Y con esta visión que se precisa, extiende y profundiza, se afirman los valores eminentemente espectaculares de la ciudad.

Porque estas características de espectacularidad son privilegio de pocos puertos en el mundo. Amberes, Rotterdam, el Havre, son puertos que sólo libran avaramente sus secretos. Son ciudades envueltas en recintos de tanques negros, de lonas alquitranadas, de maquinarias hostiles y quillas de barcos viejos, huérfanos de carena, que llevan en sus tablas desteñidas la lepra de todos los mares remotos... Un laberinto de canales y pasadizos acuáticos, estanques de aguas muertas, amarillas o tornasoladas por arcos iris de gasolina, las circunda mal olorosamente... Y cuando por fin, después de muchos preámbulos, logramos acercarnos al corazón de la urbe, a la catedral cantada en voces de gesta, a la casa que habitó Van Dyck, a la calle en que Erasmo meditó sobre la locura de sus contemporáneos, llevamos las retinas cansadas ya por un desorden de mástiles y cordajes, por un panorama de barriles y grúas, que ha neutralizado, en cierto modo, nuestro poder de receptividad...

Nada semejante ocurre con La Habana. La entrada de su puerto parece obra de un habilísimo escenógrafo. Como en Brujas, donde un arquitecto ha tenido la idea genial de instalar la estación de ferrocarril en una catedral gótica, el turista se encuentra con una visión que no defrauda sus ilusiones románticas: la de castillos coloniales, con fosos y atalayazas, que son una materialización tangible de imágenes impuestas a su espíritu por la lectura de novelas o relatos históricos. Porque no debe olvidarse que un estruendo de combates y piratería llena la mayoría de los libros cuya acción se desarrolla en las Antillas, en siglos pasados: desde *Un ciclón en Jamaica*, de Hughes, hasta el celeberrimo *Anthony Adverse*, pasando por la extraordinaria historia de aventuras verídicas que es *Pedro Blanco, el negrero*, de Lino Novás Calvo.

POR ALEJO CARPENTIER

Una joven turista americana que se encuentra a mi lado, me hace esta pregunta adorable, alargando el índice hacia el Morro y la Caña:

—Pero... ¿son castillos de verdad?...

La Habana es, además, de todos los puertos que conozco, el único que ofrezca una tan exacta sensación de que el barco, al llegar, penetra dentro de la ciudad.

Provincialismo y modernismo.—

Cuando me marché a Europa, hace once años, La Habana era todavía una ciudad provinciana, o sea: de espíritu eminentemente provinciano.

¿En qué se reconoce el espíritu provinciano de una ciudad?, me preguntaréis... En esto: es provinciana la ciudad cuyos habitantes llevan, por el imperativo de prejuicios ambientales, una vida idéntica a la del vecino; aquella en que ciertas manifestaciones de una actividad colectiva se repiten cada día, a la misma hora, con desesperante monotonía; aquella en que una persona honesta no se atreve a realizar ciertos actos perfectamente morales y lícitos, para no contrariar tradiciones sin fundamento lógico...

En aquellos tiempos, nuestra máxima manifestación de espíritu provinciano era aquel inacabable, monótono y giratorio paseo en automóvil por Prado y Malecón, que cobraba cada día categoría de actividad trascendental. Manifestaciones de provincialismo, el hecho de que fuese preferible ir al cine los días de moda; el hecho de que una "persona decente" no pudiese comer en fonda de chinos. La importancia concedida a la llegada anual del Circo Pubillones, las tertulias de hombres en la barbería de Donato Milanés, el terror a las corbatas y camisas de color, la imposibilidad para una mujer de concurrir a ciertos cafés, las aglomeraciones de pepillos en la *Esquina del Pecado*, el miedo a usar cualquier prenda de vestir susceptible de provocar el *choteo* ajeno, la subestimación de lo criollo—en cocina o música—, el pru-

rito de ocultar ciertas auténticas manifestaciones de nuestro *folklore* a los extranjeros... todo ello constituía otras tantas manifestaciones de provincialismo habanero.

—Anoche te vi paseando con un tipo rarísimo, rarísimo...—me decía irónicamente, por aquellos años benditos, una muchacha deformada espiritualmente por cien prejuicios ambientes.

El tipo *rarísimo* (porque era rubio, ligeramente melenudo y usaba *jacket*) era Arthur Rubinstein.

—Parecía un zacatecas—añadió mi interlocutora.

...Reflejo de aquella mentalidad fué la visita de aquel criollo ingenuo que vino a preguntarme un día, en París, *cuáles eran los días de moda en los bulevares*.

La más grata sorpresa que ha recibido el turista cubano que firma esta crónica, es la de observar que *todas* las manifestaciones de aquel espíritu provinciano habanero han desaparecido de nuestras costumbres. Y sobre todo, el paseo cotidiano *Prado arriba y Prado abajo*, que rebajaba los au-

tomóviles a la categoría de carrozas de tióvivo.

Por esto tiene La Habana de hoy atmósfera y palpitación de gran capital moderna.

Refrescos y "cocktails".—

—La Habana es la ciudad del mundo en donde mejor se sabe beber—me decía, hace algunos meses, el novelista francés Andrés Demaison.

Y no se refería a bebidas alcohólicas, sino a la prodigiosa gama de los refrescos criollos, que lo habían dejado absolutamente maravillado, induciéndole a estudiarlos desde el punto de vista químico... Y se explica, porque el europeo es el hombre que menos imaginación ha demostrado, desde hace siglos, en la invención de bebidas refrescantes o alcohólicas. En plena época romántica, Teófilo Gautier, en su *Voyage en Espagne*, increpa a los propietarios de cafés de París por su escasa imaginación creadora. Sorprendido gratamente por el descubrimiento de horchatas y limonadas granizadas, observa, por vez primera, que el refresco es cosa desconocida en el viejo continente, fuera de las tierras ibéricas.

En días de calor resulta casi imposible tomar un jugo de fruta en

Europa. Sólo existen tres o cuatro refrescos de botella, bastante mediocres, y el clásico *citron pressé*, que un hombre de nuestras latitudes consideraría como una verdadera tomadura de pelo: limón único, traído al consumidor con un aparatito de vidrio, para que lo exprima, y se confeccione *personalmente* su limonada, con mucha agua y poca azúcar... En todo París sólo existen tres o cuatro establecimientos *especializados* donde puede tomarse jugo de frutas. Y en cuanto a batidos de leche y chocolate, éstos sólo hicieron aparición en Lutecia hace unos cinco meses (antes eran perfectamente desconocidos).

La apreciación de Andrés Demaison hubiera podido hacerse extensiva a los *cocktails*, ya que los *barmen* cubanos son, a mi juicio, los primeros del mundo. La pobreza del *cocktail*, en Europa, es más explicable que la penuria en jugos de frutas y refrescos, por el hecho de que el hombre del viejo continente prefiere saborear licores caracterizados, al estado puro: el aterciopelado coñac de Charente, el *calvados* normando, el duro *acquavit* nórdico, el *kummel* con sabor a música de cámara, o la organología suntuosa de los *brandies*. Esto, sin hablar del vino, que es cosa tan misteriosa como insustituible en su esencia y aroma.

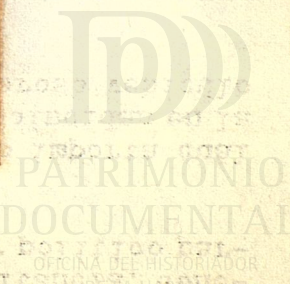
Pero ello no justifica que las batidoras automáticas sean cosa poco menos que desconocida en París, y que el parisiense, tan aficionado al aperitivo, ignore las delicias del *cocktail* transformado en escarcha perfumada o del *compuesto* realizado con hierbas aromáticas, tales como los conciben y realizan nuestros *barmen*.

La Habana es indiscutiblemente la ciudad del mundo que mayor variedad de bebidas puede ofrecer al paladar curioso del viajero.

Criollismo y cultura.—

Algo tiene que llamar poderosamente la atención del cubano que, como yo, ha estado alejado de la patria durante más de dos lustros: la generalización de una cierta curiosidad por las cosas de afuera, unida a una evidente revalorización de lo cubano dentro de las costumbres.

Me explico: hace once años, lo norteamericano disfrutaba en nuestras tierras de un prestigio absolutamente exagerado. Los árboles criollos de nuestras avenidas se sometían a inquisitoriales métodos de poda, impropios del clima. Las casas de nuestros reportos se inspiraban en el estilo de Miami—mientras los millonarios americanos, más astutos, compraban nuestras viejas tejas crio-



N

3

llas, para cubrir con ellas sus residencias. Los *niños bien* se hacían llamar *Charlie* o *Johnny*, vistiéndolo a lo neoyorquino y entronizando en todo el *snobismo* de lo yanqui. Eran aquéllos los tiempos en que los escritores franceses venidos para asistir al Congreso de la Prensa Latina oyeron esta respuesta inverosímil, al preguntar dónde podían escuchar los ritmos de una rumba:

—¿La rumba?... ¡Baile de otros tiempos!... ¡Ya no existe en Cuba!

Eran aquéllos los tiempos en que, deseando obsequiar al caricaturista mexicano Covarrubias con una comida criolla, recorrimos toda La Habana, amigos míos y yo, sin hallar un restaurante aceptable que hubiese inscrito los nombres *barrioter* de "moros y cristianos" o de "tamal en cazuela" en sus menús internacionalizados.

Hoy me resulta gratisimo observar cómo se ha vuelto al jipi, a la tela tropical, al plátano frito y al ajíaco—sin hablar del *descubri-*

miento de la fruta bomba, considerada en mi época como fruta de menor cuantía. El odio por el árbol—característica de los primeros tiempos de la época machadista—ha desaparecido de nuestras urbanizaciones. Y mientras nuestros palacios coloniales, libres de caretas de yeso, revelan sus bellezas arquitectónicas a los forasteros, en los repartos crecen residencias y villas cuyas líneas se inspiran en las más puras tradiciones constructivas del estilo colonial cubano... Ahora, después de veinte años de prohibición absurda, se ha comprendido, por fin, que La Habana *necesitaba* cafés al aire libre.

Y lo alentador es que, parejamente con esta revalorización de lo criollo, que ha levantado el *tabú* creado en torno a las fondas populares por prejuicios rastacueros, la cultura colectiva se ha orientado visiblemente hacia los grandes horizontes del mundo... Donde dejé una librería hace once años, encuentro tres. Los gran-

des periódicos políticos y literarios de Europa y América están expuestos en las vidrieras. La calidad general de los libros presentados en los estantes nos hace olvidar las exposiciones pasadas de novelones de Ponson du Terrail y Emilio Gaboriau, con portadas macabras o sanguinolentas, y de libros no más estimables, obra del pintoresco Vargas Vila, que hicieron las delicias de tantos lectores ingenuos... Casi me atrevería a afirmar que ninguna señorita sensible de nuestros días conoce los lacrimosos relatos de Carolina Invernizio y Carlota Braeme, que hicieron correr tantas lágrimas de mala calidad a lo largo de mejillas merecedoras de mejor premio...

Mi limpiabotas me habla de Chamberlain y de Eden... Alarga un cepillo despectivo hacia la máquina suntuosa en que viaja un personaje panzudo, diciendo: "Mjire... ahí va un político tradicional"... El cantinero del café de la esquina me pregunta por el Gobierno de Daladier, y censura

duramente los errores de León Blum...

(...¡Y yo, que al llegar a Francia, hace once años, ignoraba cuáles eran las doctrinas que diferenciaban exactamente a un partido radical de un partido socialista!...).

Cambio de enfoque.—

Pero veo que hasta ahora sólo os he hablado de generalidades. Generalidades que tienen su interés ya que son las primeras que se han impuesto a mi atención—afirmándose con ello que son de las que han de captar la mirada del viajero extranjero que visita nuestras tierras. Pero son los detalles los que me interesan más profundamente. Aquellos, sobre todo, que *no había sabido ver* antes de mi partida.

Aquellos que se refieren principalmente a la existencia de un *arte popular habanero*, cuyas creaciones más características estudiaremos en la próxima crónica.

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

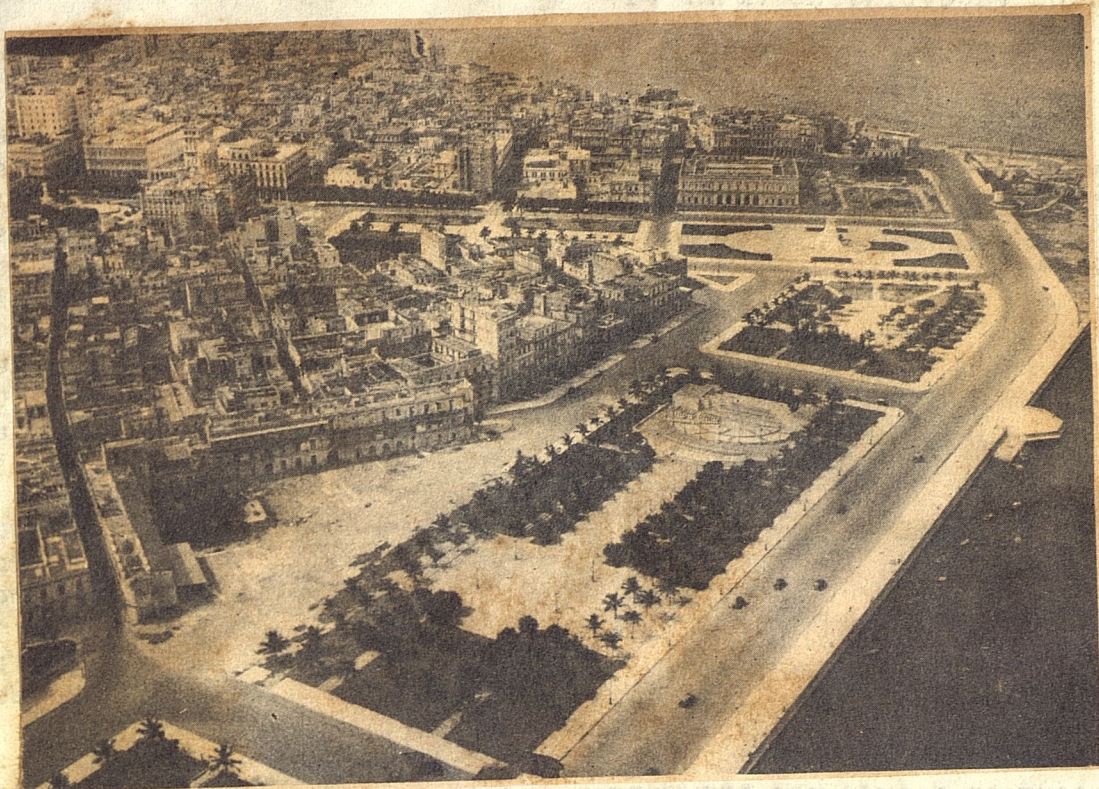
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...

BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...
BOY... TAGE...



Hacia la bahía...



PATRIMONIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA HABANA

5



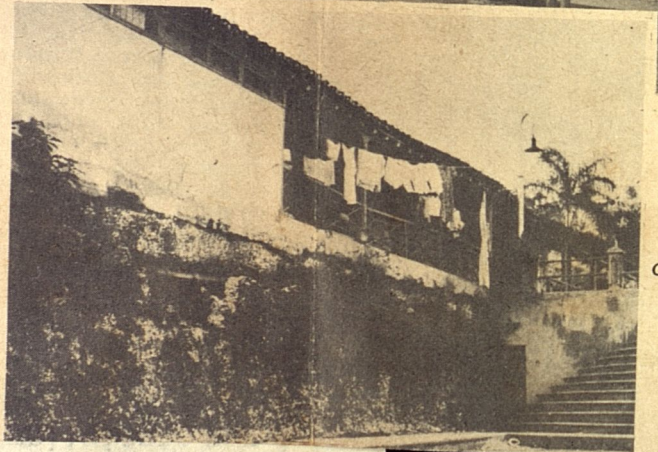
Los clásicos balcones.



Una esquina pintoresca.



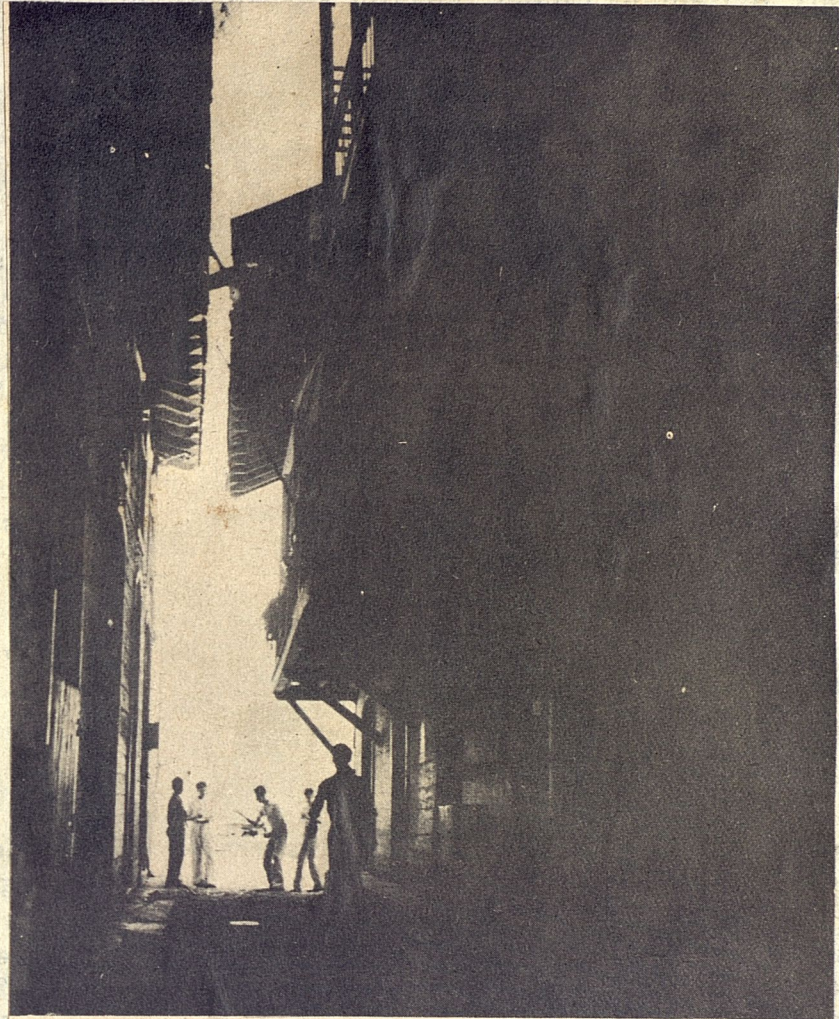
Futuro pescador



Cerca del parque.

N

6



Pasadizo hacia el mar.



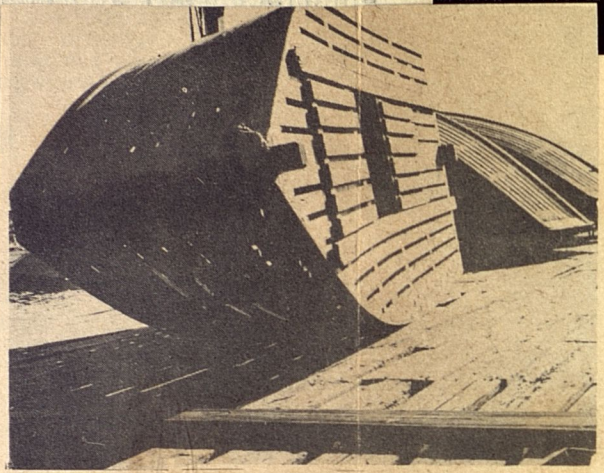
PATRIMÔNIO DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR

2

7

TRENTON ANDREW VANDERBILT UNIVERSITY



"Depósitos de viveros descansan sobre un costado como esqueletos de barcos muertos".



Casa típica de Cabsablanca.



Casas montadas en pilotes.

Cantiles, marzo 2 1939